

La fe bendice al pueblo de la promesa

La fe de Isaac

Hebreos 11:20-22

Introducción:

Luego de mostrarnos la vitalidad de la fe que caracterizó a los creyentes pre-diluvianos, y la robustez de la fe de Abraham; en los versos 20 al 22, nuestro autor se concentra en los padres de Israel, es decir, el hijo, el nieto y el bisnieto de Abraham. Aunque es poco el espacio que el autor dedica a estos patriarcas y son pocas las referencias a ellos, no obstante, muchas son las verdades que podemos aprender de estas cortas declaraciones.

En estos versos encontramos cómo la fe se apropia con convicción de las promesas divinas, que, aunque en apariencia no hay posibilidad alguna de recibir lo prometido, ella es tan osada, que se atreve, confiada en la Palabra de Dios, a bendecir y asegurar para las generaciones futuras del pueblo de Dios los grandes logros, victorias, recompensas y glorias que Dios ha prometido a los que le aman.

Analicemos cada uno de los actos de fe de estos tres patriarcas:

1. La fe Isaac
2. La fe de Jacob
3. La fe de José

1. la fe de Isaac. “Por la fe bendijo Isaac a Jacob y a Esaú respecto a cosas venideras” (v. 20).

Los tres personajes que nuestro autor presenta como ejemplos de fe en estos pasajes, se caracterizaron porque ejercieron su fe bendiciendo a sus descendientes, prometiendo para ellos la herencia que Dios había escogido para su pueblo.

Era costumbre de los patriarcas que, antes de morir, bendijeran a sus hijos. Esta bendición no era un mero “buen desear” sino que efectivamente se realizaban en los que eran objeto de ella. Los patriarcas eran profetas (Gén. 20:7), y como tales tenían la capacidad de discernir, por el Espíritu de Dios, la voluntad del Señor. Ellos, en algunas ocasiones, hablaron por inspiración del Espíritu Santo y pronosticaron cosas que el Señor haría. De

manera que las bendiciones dadas por los patriarcas eran profecías inspiradas por el Espíritu de Dios, las cuales tendrían cabal cumplimiento.

El poder de cumplirse la bendición no radicaba en una forma mágica de decir las cosas, o en palabras especiales, o en los más intensos deseos de las personas, sino en el poder de Dios y en su Soberana Voluntad. Los patriarcas sabían que solo Dios tiene el poder de crear cosas con meramente hablar o decir la bendición: *“Yo, yo hablé, y le llamé y le traje; por tanto, será prosperado su camino”* (Is. 48:15).

La bendición bíblica no radica en el hombre que la pronuncia, sino en Dios que tiene misericordia. Por eso no encontramos expresiones como: “Yo te bendigo”, como si en nosotros mismos tuviésemos la capacidad de bendecir realmente, sino que las bendiciones que daban los líderes, los padres y los sacerdotes, descansaban solamente en aquel que puede realmente bendecir. De allí que es común encontrar en las Sagradas Escrituras a los profetas y ministros del Señor bendecir al pueblo en forma de oración, es decir, suplicando a Dios que dé las bendiciones sobre su pueblo: *“Jehová habló a Moisés diciendo: Habla a Aarón y a sus hijos y diles: Así bendeciréis a los hijos de Israel, diciéndoles: Jehová te bendiga y te guarde; Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia; Jehová alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz. Y pondrán mi nombre sobre los hijos de Israel, y yo los bendeciré”* (Números 6:22-27).

De manera que siendo solo Dios el que tiene la capacidad de bendecir realmente, ya que los hombres únicamente podemos desear buenas cosas, entonces las bendiciones sobre nuestros hijos, o sobre los hombres, se dará solamente basados en las promesas bíblicas y en el nombre del Señor, es decir, no estamos autorizados para decir “yo te bendigo”, sino, “El Señor te bendiga”.

Nuestro autor dice que Isaac, por medio de la fe, bendijo a sus hijos, respecto a cosas venideras, es decir, sus palabras apuntaban a cosas que todavía no se estaban dando, pero que Dios haría en el futuro.

Un padre creyente siempre anhela lo mejor para sus hijos, y siendo un hombre de fe, aún en la hora de la muerte, ejercita esta fe perseverante orando por sus hijos, y rogando que la bendición de Dios les acompañe en todas sus generaciones.

Isaac ya estaba anciano y presentía que la hora de la muerte o la invalidez completa se acercaba, de manera que no desea partir de esta tierra sin antes dar una última bendición a sus descendientes. *“Aconteció que cuando Isaac envejeció, y sus ojos se oscurecieron quedando sin vista, llamó a Esaú su hijo mayor, y le dijo: Hijo mío. Y él respondió. Heme aquí. Y él dijo: He aquí ya soy viejo, no sé el día de mi muerte. Toma, pues, ahora tus armas, tu aljaba y tu arco, y sal al campo y tráeme caza; y hazme un guisado como a mí me gusta, y tráemelo y comeré, para que yo te bendiga antes que muera”* (Gén. 27:1-4).

No obstante que Isaac es el hijo de la promesa, y que las bendiciones del Señor le habían sido dadas, y que también era profeta, algunas debilidades de la carne estaban sobre él. Aunque el autor de la carta no habla sobre estas falencias, pues, como ya hemos aprendido, la fe no se enfoca en mostrar la debilidad de los santos, sino que más bien reconoce los logros que hacen por la gracia de Dios, en la narración de Génesis es evidente que Isaac no había comprendido que la herencia prometida a Abraham no vendría a través de Esaú sino de Jacob. El amor del padre hacia su hijo mayor le había cegado los ojos espirituales frente al propósito divino, y aunque Esaú había mostrado los frutos de la incredulidad, Isaac se resistía a aceptar que Dios hubiese escogido al menor. Dios le había dicho a Rebeca antes de que nacieran los gemelos: *“Dos naciones hay en tu seno, y dos pueblos serán divididos desde tus entrañas; El un pueblo será más fuerte que el otro pueblo, y el mayor servirá al menor”* (Gén. 25:23).

El gusto por las “delicateses” de la buena comida que le preparaba su hijo mayor, nublaron la visión espiritual: *“Y Amó Isaac a Esaú, porque comía de su caza”* (Gén. 25:28); parece que este ejemplo fue aprendido por Esaú, quien tuvo una visión corta del propósito de Dios, y vendió su derecho a la primogenitura a cambio de disfrutar un delicioso plato preparado por su hermano menor: *“Y guisó Jacob un potaje; y volviendo Esaú del campo, cansado, dijo a Jacob: Te ruego que me des a comer de ese guiso rojo, pues estoy muy cansado. Por tanto fue llamado su nombre Edom. Y Jacob respondió: Véndeme en este día tu primogenitura. Entonces dijo Esaú: He aquí yo me voy a morir; ¿para qué, pues, me servirá la primogenitura? Y dijo Jacob: júramelo en este día. Y él le juró, y vendió a Jacob su primogenitura. Entonces Jacob dio a Esaú pan y del guisado de las lentejas; y él comió*

y bebió, y se levantó y se fue. Así menospreció Esaú la primogenitura” (Gén. 25:29-34). Cuando llega a la vejez, Isaac añora los deliciosos platos de la comida de Esaú, y le promete la bendición patriarcal si le trae otro delicioso bocado.

Aunque Esaú le daba mucha lidia a sus padres, pues, se casó con mujeres impías, el amor de Isaac hacia su hijo preferido fue tan grande que llegó a pensar que Dios también tenía en la misma estima a este incrédulo hijo. *“Y cuando Esaú era de cuarenta años, tomó por mujer a Judit hija de Beeri heteo, y a Basemat hija de Elón heteo; y fueron amargura de espíritu para Isaac y para Rebeca”* (Gén. 26:34-35). Pero, aunque Dios amaba a Esaú en el sentido en el cual ama a todos los hombres, en virtud de lo cual les provee la vida y el sustento (Mt. 5:45), no obstante, en el sentido del amor eterno, del amor predestinante para salvación y gloria, Dios no lo amaba: *“A Jacob amé, más a Esaú aborrecí”* (Ro. 9:13).

De allí que la bendición de la primogenitura, a pesar del deseo carnal de su padre, no recayó sobre Esaú sino sobre el menor, Jacob. Aunque no aprobamos el método usado por Jacob y su madre para obtener la bendición patriarcal, y tampoco la Biblia lo aprueba, el propósito del Señor se cumplió y el menor fue bendecido sobre el mayor.

Rebeca había escuchado la conversación entre Isaac y Esaú, y queriendo ella más a Jacob, y tal vez recordando la promesa que el Señor le había hecho, en el sentido de que el mayor serviría al menor, arma una estratagema con el fin de engañar al invidente y anciano padre. Le pide a Jacob que mate un cordero, el cual ella preparará con la misma sazón de Esaú, para que él lo lleve a Isaac y se haga pasar por el hermano mayor. Siendo que el hermano mayor era velludo, y Jacob lampiño, entonces solucionan el problema vistiendo los brazos de Jacob con la piel del animal sacrificado. Jacob teme que su padre perciba el olor de su cuerpo y se dé cuenta que no es Esaú, y entonces, en vez de una bendición recibirá maldición. Para lo cual su astuta madre tiene otra solución, le pone los vestidos de su hermano mayor.

Estando todo arreglado, Jacob se presenta donde su padre, el cual, debido al estado de ceguera en el que se encontraban sus ojos, había desarrollado los sentidos del olfato y del tacto, y procede a un minucioso y angustioso examen con el fin de verificar que el que se ha presentado no sea un impostor. Aunque Jacob ha llevado la comida con la misma sazón

de la concina de Esaú, se ha puesto sus vestidos y se puso piel velludo de animal sobre sus lampiños brazos, no obstante, hay algo que era difícil de ocultar, el tono de su voz. Cada persona tiene un tono distinto y Jacob no pudo imitar el de Esaú. No obstante, a pesar de la suspicacia de su padre, recibe la bendición que él tenía preparada para el incrédulo Esaú: *“Dios, pues, te dé el rocío del cielo, y de las grosuras de la tierra, y abundancia de trigo y de mosto. Sírvante pueblos, y naciones se inclinen a ti; sé señor de tus hermanos, y se inclinen a ti los hijos de tu madre. Maldito los que te maldijeren, y benditos los que te bendijeren”* (Gén. 27:28-29).

En esta bendición no encontramos a Isaac, prepotentemente diciéndole a su hijo: “Yo te bendigo”, sino que él reconoce que toda bendición verdadera viene solo de Dios, de manera que convierte su testamento en un clamor a su Señor: *“Dios, pues, te dé...”*, solo Él puede dar lo que es verdadera bendición para el creyente.

Isaac, aunque confundido por su loco amor hacia Esaú, bendice a su hijo Jacob respecto a cosas futuras. Esto es lo que el autor de Hebreos quiere resaltar en el pasaje. Isaac no era dueño de nada, sino de la tumba que su padre le había dejado en herencia. Aunque ellos tenían muchos bienes y siervos, se encontraban en tierra extraña entre gente impía, que, solo por la gracia de Dios no los habían convertido en sus esclavos. No obstante, Isaac mantuvo presente las promesas que Dios le había hecho a su padre Abraham y que le habían sido repetidas a él mismo: *“Y se le apareció Jehová (a Isaac), y le dijo: No descendas a Egipto, habita en la tierra que yo te diré. Habita como forastero en esta tierra, y estaré contigo, y te bendeciré; porque a ti a tu descendencia daré todas estas tierras, y confirmaré el juramente que hice a Abraham tu padre. Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y daré a tu descendencia todas estas tierras; y todas las naciones de la tierra serán benditas en tu simiente, por cuanto oyó Abraham mi voz, y guardó mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes”* (Gén. 26:2-5).

Él no estaba viendo casi nada del cumplimiento de la promesa, pues, incluso en el tema de la numerosa descendencia, solo tenía dos hijos, y, uno de ellos había sido reprobado por Dios. Pero Isaac también fue un hombre de fe, a pesar de sus conocidas debilidades, pudo

anticiparse más de 400 años al cumplimiento de la promesa. Él le habló a Jacob como si en él se fuese a dar el cumplimiento de la promesa.

La fe toma en serio lo que Dios promete y lo ve como realizado, aunque las apariencias indiquen lo contrario. Jacob se convertiría en señor de su hermano, y muchos pueblos le servirían. Pero esto, por ahora, era imposible de cumplirse. Recordemos que Jacob tuvo que viajar con sus hijos a Egipto y allí estuvieron por 400 años, la mayor parte del tiempo como esclavos de otra nación. No obstante, Isaac no tuvo en cuenta ese largo tiempo como impedimento para que se cumplieran las promesas, sino que él pudo ver, en Jacob, a ese numeroso pueblo que entraba a poseer victorioso la tierra de Canaán. Pero, por encima de todos ellos, Isaac pudo ver, por la fe, a la simiente prometida, ante la cual se doblará “*toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra*” (Fil. 2:10). En Jesús, - el verdadero judío y descendiente de Abraham, Isaac y Jacob - se da cumplimiento a esta promesa, pues, él es el Señor del universo y un día veremos como todos los reyes de la tierra, los grandes y los pequeños, reconocen que él es el Señor (Ap. 6:15-17).

Es interesante, y contiene una poderosa enseñanza para nosotros, ver que el autor sagrado invierte el orden natural en el que deberían presentarse los nombres de los hijos de Isaac, pues, es común en los tiempos bíblicos que primero se mencione al mayor. En este caso, primero encontramos al menor. Y esto se debe a que la bendición de la promesa estuvo, no sobre Esaú, sino sobre Jacob. A él fue a quien su padre le dio la más grande bendición, y él fue el escogido de Dios para transmitir la línea de la fe. Sus descendientes, y no los de Esaú, serían los que conformarían el pueblo escogido. Pero no es la única ocasión en la cual Dios escoge al menor, y desecha al mayor. A pesar de las reglas que el Señor dio sobre los derechos de la primogenitura (Dt. 21:15-17), su amor electivo nada tiene que ver con estas reglas, ni está supeditado a la grandeza, hermosura o capacidades de las personas. Él se especializa en escoger a lo que parece más insignificante para demostrar su gloria: Fue Abel, el menor, quien recibió la bendición de Dios y no Caín, el hijo mayor de Adán. Ismael era el primogénito de Abraham, pero no fue a través de él que continuó la bendición de la promesa, sino a través del menor, Isaac, el nacido de una madre anciana. No fue el amado de su padre Isaac el que recibió la bendición de Dios, el mayor y más fuerte, sino

que Dios prefirió al menor, a Jacob, en vez de Esaú. Rubén era el primogénito de Jacob, pero él no recibió las mayores bendiciones y porciones de la promesa, sino que estas fueron para uno de los hijos menores, es decir, José. Y de los hijos de José, Jacob le dio más grande bendición, no al mayor sino al menor, pues, ésta fue para Efraín y la menor bendición para Manasés, el mayor. De la misma manera cuando Dios escoge una familia real en su pueblo, no mira la grandeza y fortaleza de los hijos mayores de Isaí, sino que escoge al más chico, al que parecía prometer menos, es decir, a David.

Cuando el profeta Samuel es enviado por Dios para ungir a un hijo de Isaí como futuro rey de Israel, el profeta se deja deslumbrar por la fortaleza y grandeza de Eliab, pero Dios le dice: *“No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón”* (1 Sal. 16:7).

Cuánto nos equivocamos los hombres cuando pensamos que los que más esfuerzo, trabajo y fruto darán para el reino de Dios son los que tienen más habilidades, fuerza o inteligencia. Pero esto es un error, pues, el trabajo para el reino de Dios no se hace meramente con las fuerzas humanas, sino con el poder de Dios: *“No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos”* (Zac. 4:6).

Muchos de los grandes hombres que hicieron proezas para el Reino de Dios en la historia bíblica, estaban invadidos de debilidades, pero suele suceder, que entre más débiles nos reconozcamos, más dependeremos del poder de Dios: Moisés, el gran legislador y libertador de Israel, reconoció su incapacidad para hablar con fluidez: *“¡Ay Señor! Nunca he sido hombre de fácil palabra, ni antes, ni desde que tú hablas a tu siervo; porque soy tardo en el habla y torpe de lengua”* (Éx. 4:10).

La misma experiencia caracterizó a los profetas, los cuales, cuando eran llamados por Dios para el servicio en el Reino, se consideraban débiles, incapaces, miedosos; pero Dios les hizo ver que ellos no debían depender de sus capacidades humanas, sino que cuando Dios llama, él da la capacidad. Jeremías reconoció su incapacidad para ser profeta, pero Dios le hace ver que él hará todo lo que Su Señor le ordene hacer: *“Vino, pues, palabra de Jehová a mí diciendo: Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te*

santifiqué, te di por profeta a las naciones. Y yo dije: ¡Ah! ¡Ah, Señor Jehová! He aquí, no se hablar, porque soy niño. Y me dijo Jehová: No digas: soy un niño, porque a todo lo que te envíe irás tú, y dirás todo lo que te mande. No temas delante de ellos, porque contigo estoy para librarte, dice Jehová” (Jer. 1:4-7). De la misma manera el apóstol Pablo, ese grande adalid de la fe cristiana, reconoció su debilidad, pero fue usado poderosamente por el Señor, y fue escogido para transmitir a la iglesia de todos los tiempos las profundas doctrinas de la gracia: “Y al último de todos, como a un abortivo, (Cristo) me apareció a mí. Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo” (1 Cor. 15:8-10).

El mismo apóstol, pasando por una gran prueba sobre su cuerpo, debido a una enfermedad que le afectaba y le limitaba, no se intimidó por esta debilidad, sino que aprendió que Dios usa al humilde y, lo que debió ser causa de frustración, se convirtió en un motivo para trabajar en la obra del Señor: “Pues, vosotros sabéis que a causa de una enfermedad del cuerpo os anuncié el evangelio al principio; y no me despreciasteis ni desechasteis por la prueba que tenía en mi cuerpo, antes bien me recibisteis como a un ángel de Dios, como a Cristo Jesús. ¿Dónde, pues, está esa satisfacción que experimentabais? Porque os doy testimonio de que si hubieseis podido, os hubieseis sacado vuestros ojos para dármelos” (Gál. 4:13-15).

Los creyentes nunca debiéramos dejar de trabajar para Cristo intimidados por nuestras debilidades e incapacidades, posición social o nivel académico, sino que, en un acto de fe, debiéramos ver esas debilidades como instrumentos que el Señor usa para que dependamos solo de él y de su gracia. Debemos imitar el ejemplo de Pablo: “Pero de mí mismo en nada me gloriaré, sino en mis debilidades. Y (el Señor) me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Cor. 12:5, 9-10).

No fue Caín, no fue Ismael, no fue Esaú, no fue Rubén, no fue Eliab, no fueron los grandes y poderosos, los escogidos por Dios para formar la línea de la fe, sino que a: *“lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es para deshacer lo que es”* (1 Cor. 1:28).

La fe de Isaac se evidencia, en este acto de bendecir a sus hijos, y también su obediencia a la voluntad de Dios, en que, luego de darse cuenta del engaño al que estuvo expuesto por su hijo Jacob, no revocó la bendición que pidió sobre él, sino que la confirmó, mostrando así que Isaac era un hombre de fe: *“Y se estremeció Isaac grandemente, y dijo: ¿Quién es el que vino aquí, que trajo caza, y me dio, y comí de todo antes que tu vinieses? Yo le bendije, y será bendito”* (Gén. 27:33).

Aunque el reprobado Esaú buscó la bendición de su padre Isaac, fue poco lo que pudo recibir, pues, el divino decreto había escogido a Jacob para ser el heredero principal: *“(pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, , para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama), se le dijo: El mayor servirá al menor”* (Ro. 9:11-12). Esaú lloró con aflicción ante su padre para que le diera la bendición, pero solo pudo conseguir cosas materiales *“He aquí, será tu habitación en grosuras de la tierra, y del rocío de los cielos de arriba; y por tu espada vivirás, y a tu hermano servirás; y sucederá cuando te fortalezcas, que descargarás su yugo de tu cerviz”* (Gén. 27:39-40). Esta bendición, también fue dada por Isaac a través de la fe.

Aplicaciones:

- De manera especial debemos resaltar en este texto la enorme bendición que es un padre creyente para sus hijos. Un padre cristiano orará por ellos, les hablará de la Palabra de Dios, les enseñará sus santas leyes y procurará para ellos el camino de la salvación. Así un padre creyente tenga un hijo como Esaú, amante del mundo más que de los deleites espirituales, que vende los privilegios espirituales a cambio de la satisfacción carnal, así se tenga un hijo engañador y maquinador como Jacob, no se cansará, y luchará hasta el último hálito de vida que tenga para que ellos reciban la bendición de la gracia que viene a través de Cristo.

- Isaac no fue, en toda su vida, el dechado de virtudes cristianas. Ya hemos visto algunas debilidades patentes en este patriarca, no obstante, fue un hombre de fe. Se mantuvo confiado, aunque en algunos aspectos flaqueó, en la promesa dada a su padre Abraham. Se mantuvo mirando al invisible, y a través de la fe esperó en la cimiento que le fue prometida. A través de Jacob pudo ver a Cristo, quien vendría del linaje de la fe y ante quien todos se inclinarían. Hoy nosotros ya podemos ver a Cristo claramente, y no necesitamos de las sombras. De manera que nuestros corazones deben aún con más diligencia y fervor inclinarse ante el Señorío de Cristo. Nuestras rodillas deben doblarse ante el Rey de la gloria y rendirle el mejor servicio, como esclavos y vasallos.

- Hermanos, nuestra herencia prometida es preciosa, de un valor incalculable y llena de los esplendores gloriosos de la misma presencia del majestuoso Dios. Aunque hoy día pareciera que estamos muy lejos de alcanzarla, especialmente porque aún en nuestras vidas tenemos muchos pecados que mortificar, muchos engaños que abandonar, muchos amores a los deleites de la carne que golpear, no obstante, en medio de la lucha diaria, levantamos nuestros ojos espirituales, y de la misma forma como hizo Isaac creemos que nuestro glorioso futuro es una realidad indefectible, y por lo tanto, procuramos terminar nuestros días en esta tierra, no con fracasos espirituales, sino como luchadores abnegados, que damos todo por nuestro Señor.